

con su «huachito», haciendo de tripas corazón y, perpetuando, de este modo, la cadena de años negros...

Pobres son los personajes, hambrientos; mugrientos y pesimistas, con la chilenidad floreciéndoles en alguna sonrisa pícaro. Chilenidad que el autor guarda en sí y que le lleva a ratos, a ser mordientes en el decir y en la observación.

Mucha tela que cortar prodiga este libro y una obsede: la incultura del medio que pinta—y que es la de medio Chile de ojotas. Y ahí está el final de este anillo de protesta que se abre en este artículo; de derramar la cultura en el pueblo es que estamos, algunos ávidos, porque estamos ciertos que en el momento en que la luz caiga en tanta frente, la vida alzarán en nuestro país sus banderas mejores y muchas cosas obtendrán su nivel verdadero. Guerrero lo escribe como remate de su obra y nos quedamos sedientos de esa misma hora.

Agil de expresión, tierno con mesura, en su primer libro, Leoncio Guerrero representa, con nobleza, a nuestra juventud en el género donde los consagrados siguen siendo no poco «apatronados» de clase, de paisaje y de sensiblería.—A. S.



<https://doi.org/10.29393/At189-17LCLD10017>

LAS LANZAS COLORADAS, novela de Arturo Uslar Pietri. Editorial Zig-Zag. 1941

Con una bellísima portada de Mauricio Amster, la Editorial Zig-Zag ha lanzado a la circulación la hermosa novela de Uslar Pietri «Las Lanzas Coloradas», sugestivo título arrancado de uno de los episodios de la guerra de la Independencia, allá en el Virreinato de Nueva Granada.

Uno de los generales insurgentes, Paez, dice en un parte de guerra:

«Destaqué al sargento Ramón Valero con ocho soldados...

conminando a todos ellos a ser pasados por las armas si no volvían a la formación con las lanzas teñidas en sangre enemiga. Volvían cubiertos de gloria y con las lanzas teñidas en la sangre de los enemigos de la patria».

Uslar Pietri cuenta en esta novela un episodio que da la medida de cómo se hacía la guerra en aquellos tiempos. En un estilo brillante y gallardo, exornado de bellas imágenes y en el cual el escritor demuestra un gran poder de evocación, nos muestra el cuadro rico de colorido, de una hacienda venezolana, «El Altar», por donde pasa el soplo inquietante y amenazador de la contienda. El terrible Boves, con sus demoníacos escuadrones de jinetes, arrasa a sangre y fuego la sabana. Los dueños del predio son dos hermanos, Fernando e Inés, a quienes en realidad la guerra no les preocupa sino por aquello que puede afectar a sus intereses. Inés vive tocando el clave o entretenida en sus menesteres caseros sin darse cuenta de la magnitud de la hoguera que se acerca, y su hermano pensando en la mejor manera de evadirse de la dura realidad que lo está reclamando con urgencia. Es necesario decidirse por la Patria o por el Rey. Y ninguna de las dos cosas que representan estas palabras le afebran la cabeza al mozo. Pero en el pueblo cercano hay reuniones en las cuales Fernando tiene que pronunciarse por una de las causas en lucha.

Y mientras está en el pueblo ocurre lo inesperado en la hacienda. El personaje de más vitalidad y de mayor interés humano que cruza a través de las páginas de Uslar Pietri, entra en acción. Es Presentación Campos, el mulato que desempeña en las plantaciones el puesto de mayordomo. Es un hombre bronazo atlético, ante cuya mirada tiemblan todos los negros esclavos. El amo les ha dicho que nadie debe decirle «don Presentación», pero no hay nadie tampoco entre los sirvientes que se atreva a gastarse confianza con él, o mirarlo de igual a igual. Ante la sombra negra e imperiosa de sus pupilas, todos agachan la cabeza temblando de miedo. Aquél que doma los potros más

rebeldes entre sus piernas de acero, o que de un puñetazo tira al suelo como a un pelele al hombre que trata de desobedecerle, no se gasta bromas. Y es de esta manera como un día, aquel día precisamente en que el amo discutía en el pueblo con sus amigos, si intervendría o no en la contienda, Presentación Campos reúne a todos los esclavos y les ordena que lo sigan. Cada uno armado de su machete. Su mirada soberbia y dominadora recorre todos los rostros, que la huyen temerosos:

«Hasta hoy no más dura el trabajo—dice Presentación Campos—Nos vamos para la guerra. Ustedes son mis soldados».

Un negro macizo como una torre de ébano se atreve a decir: —Usted no es el amo. Y por toda respuesta recibe un machetazo que le abre la cabeza. Los otros se alinean presurosos tras el Jefe. El es ahora el General Presentación Campos. Pero no se irá de allí sin doblegar el orgullo de la hermana del amo. Sube las escaleras que jamás en otra ocasión se atreviera a hollar, y busca a doña Inés, que al verlo lo increpa furiosa:

—¡Esclavo, asesino, traidor!

Ultraja a la mujer y luego quema la casa. Uno de los flamantes oficiales a quienes recién ha dado ese título le pregunta, por el camino: «¿Y por quién peharemos?» Pero eso no es lo más importante para el General Campos. Después de risueña discusión con Natividad uno de sus capitanes concluye por determinar que la patriano es más que suspiros y pamplinas. Pelearán por el Rey, si Dios los favorece.

Una suerte negra persigue al amo de Presentación Campos. Y tanto, que un día, junto con dos amigos, cae prisionero de las avanzadas de Boves. Este se interesa por preguntarles quiénes son y por qué han entrado a la guerra. Satisfecha su curiosidad, se vuelve hacia uno de sus oficiales, diciéndole:

—La guerra se está poniendo fea. Al que no lo matan hoy lo matan mañana. Yo los voy a sacar de penas. Y agrega: Saque a esos insurgentes y fusílelos.

Pero las lanzas de los patriotas siguen tiñéndose de sangre

enemiga, y un día son las huestes insurgentes las que lanzan los gritos de la victoria definitiva. Y entre los hombres que caen muertos a lanzazos también cae Presentación Campos. Cae como un valiente.

Uslar Pietri demuestra en esta novela un prodigioso sentido del ambiente y de las terribles pasiones que dominaban a los hombres de esa época. Sin esfuerzo, el lector se encuentra viviendo esos días de caos, en los que por fin alumbra el sol de la libertad.—L. D.